

Angel Ganivet

Escribe: **RICHARD F. ALLEN**

Javier Herrero. *Angel Ganivet: Un iluminado*. Editorial Gredos, España. 1966, 346 págs.

El estudio hecho por Javier Herrero de la vida y obras de Angel Ganivet presenta anomalías y controversias, asuntos que no pueden evitarse considerando que el tema de este libro, o sea Angel Ganivet y su obra está lleno de misterios, enigmas, profundidades, vacilaciones, dudas, y controversias.

La misma muerte del escritor está rodeada de misterio. Sabemos que se suicidó ahogándose en el río Dwina, pero no sabemos que fue lo que impulsó al escritor a acabar con su vida. Según Javier Herrero, el suicidio de Ganivet fue el resultado natural psicológico de sus pensamientos. Ganivet perdió la fe primeramente y luego el amor. Herrero dice que esto lo condujo a acabar con su vida, sin embargo no le da ninguna importancia al hecho de que Ganivet era un hombre muy enfermo que había contraído la sífilis a la edad de 20 años y nunca pudo curarse de esta enfermedad. A la edad de 33 años la terrible enfermedad había tomado posesión de su cuerpo en forma de parálisis progresiva y uno puede imaginarse el tremendo martirio en que él vivía. ¿Fue el dolor físico y el verse convertido en piltrafa humana lo que condujo a Ganivet al suicidio?

El primer capítulo del libro de Javier Herrero trata de la grandeza de alma de Ganivet, quien constantemente trataba de liberar su alma y la de sus prójimos de los deseos de la carne exhortándolos a purificarse y a entregarse a la contemplación. Su bondad. A esta cualidad le dedica el autor de este trabajo varias decenas de páginas e insiste en probar este punto con anécdotas sobre la bondad de Ganivet, sin embargo, después en la misma obra saca a relucir un párrafo que viene a poner un signo de interrogación en la mente del lector. El párrafo es el siguiente:

“Mi fortuna es que se me teme... porque yo anuncié a su tiempo que, en cuanto me incomodara demasiado la oficina, me marchaba con la música a otra parte, y así, el que alza el gallo soy yo cuando es preciso y nunca por mi gusto. Al tocar este punto, no dejaré de indicarte que

nada hay tan disparatado como eso que se dice de que debe granjearse la amistad y las simpatías, etc., de las personas con quien se trata. Esto no conduce a ninguna parte si no es a convertirle a uno en un comodín. Lo prudente es elegir el terreno en que pueda uno pisar fuerte y después hacerse respetar y temer, y si es posible, tratar a los demás a puntapiés. El hombre, en general, no entiende más que un idioma, el de las ofensas (y el de las injurias, si es de baja condición), y para uno que conteste a la ofensa con ofensa hay un millón que responde tirándose por los suelos". (*Epistolario*, pág. 899; Herrero, págs. 50-51).

Ganivet era un desarraigado. Nunca encontró un lugar de paz y consuelo en su vida atormentada. Despreciaba al mundo en que vivía, criticando cuanto estaba a su alcance. Evitaba el roce de la sociedad en que vivía pero siendo vice-cónsul tenía que asistir a muchas funciones que su alto grado le exigía. En una de estas ocasiones con motivo de la exposición internacional de Amberes de 1894, descubre toda la violencia de su desprecio: "Yo me encuentro estos días con la misma angustia de aquel que sueña que le andan por todo el cuerpo sapos y culebras, ratas o chinches (que tu estómago me perdone el símil, pero me sale espontáneo), y despierta sobresaltado y ve que el sueño... es una realidad. Se encuentran ahora aquí tipos cuyo contacto mortifica como el contacto de la fauna antes descrita. Hace muchos años que los hombres delicados se desataban en improperios contra la plebe, cometiendo una gran injusticia. La plebe es baja y ruin, pero con bajeza y ruindad naturales... La verdadera ruindad y bajeza está en la plebe adinerada, que se sirve de la riqueza para realizar su villanía". (*Ibid.*, págs. 998-999; *Ibid.*, pág. 28).

Toda su vida, Ganivet trataba de idealizar la realidad. En muchos de sus poemas escribió acerca de una aparición, que en forma de mujer ideal había él visto primero en el palacio de la Alhambra. Después esa misma visión la vio detrás de una montaña al estar contemplando el crepúsculo y la caída de la noche; vuelve a ver a esta mujer ideal en varias ocasiones y para él, ella representa la naturaleza ideal y la describe en sus poemas como tal.

Otro hecho que tiene significativa importancia en la vida de Ganivet es el haber sufrido una desilusión amorosa muy grande. Durante muchos años tuvo relaciones amorosas con una mujer bellísima de nombre Amelia Roldán a quien amó con locura. Ella lo siguió a sus cargos consulares en países extranjeros y tuvieron dos hijos. Esta unión no estuvo bendecida por leyes humanas o divinas. Después de que sufrió la ya aludida desilusión amorosa él mismo se preguntaba cómo pudo haber amado tanto a una criatura y haberla idealizado por tanto tiempo para venir a descubrir en ella una miserable realidad. He aquí otro enigma en la vida de Ganivet y en el libro de Javier Herrero. ¿Cuál fue la desilusión sufrida? al sufrir esa desilusión tan grande vuelve sus ojos hacia la vida espiritual, hacia otra felicidad que no es del mundo; se da cuenta que lo natural, lo de este mundo no es suficiente para inspirar nobles sentimientos. Durante este tiempo su latente ideal del suicidio cobra más forma, más vida y ya solo se trata de definir cual sería la forma ideal de llevar a cabo el fin para comenzar otra vida. Se aparta cada día más de la vida so-

cial, entregándose totalmente a escribir. Hay en su conciencia sentimientos arraigados del mal que lo hacen despreciar al mundo y sus habitantes. Escribe: “¿Qué es el hombre? Un muladar / en donde cae una perla. / ¡Ay del que no sabe verla / y la deja mancillar! ¡Amor! Eterna mentira; / solo un amor me fue fiel: / el odio duro y cruel / que a mi alma el mundo inspira”. (*El escultor*, pág. 803; *Ibid.*, pág. 92). Y otros más: “Llegaré un día —escribe N. M. López— a encerrarme en un castillo y a no creer ni en la existencia de los hombres”. (*Cofradía*, pág. 58; *Ibid.*, pág. 93).

Su incompatibilidad con la sociedad era obvia, ya nada ni nadie le importaba. Muerta la fe, sin amor y sin salud la única salida era tomar una decisión para salir de tan grave situación. Se sentía extraño y ajeno y escribía: “Realmente, la cobardía estaría en seguir funcionando, en no cortar en seco el impulso adquirido”. (*Epistolario*; *Ibid.*, pág. 96). Este período está seguido de una tristeza que va cediendo, cada vez más honda, más resignada y próxima a la paz que con tanto anhelo ha buscado durante toda su vida. Y pensaba que en esta época de vil apego a la vida y a los bienes exteriores y materiales ningún acto puede dar más fulgurante muestra de fe en el ideal que abandonar la vida voluntariamente para ir en busca de un amor y un mundo extra-terrenos. El suicidio se convierte así para este místico en la más elevada actividad moral y religiosa posible: es una forma voluntaria de martirio. Piensa él que con su muerte dará testimonio a un mundo más alto y una vida eterna y no teniendo ningún lazo que lo ligue a la vida, rompe decidido las amarras del mundo para abrazar por fin a su Niña Blanca esperando que esta última prueba de amor, la muerte voluntaria, conquiste definitivamente a su Amada.

En el libro de Javier Herrero se publicaron dos apéndices. El primero consiste en un artículo muy poco conocido del público que se titula: “El mundo soy yo, o el hombre de las dos caras”. El segundo apéndice contiene varias cartas escritas por Ganivet a su amigo íntimo Navarro Ledesma. Sin duda alguna, estos dos apéndices son de gran calidad; difíciles de leer, soberbios, magníficos con pensamientos de profundidad inmensa. Este hombre sin duda era un genio, algo cínico como todos los genios. Su despegamiento de los valores materiales de este mundo siempre fue aparente, carecía de vanidad personal y su estoicismo solo puede compararse con el del filósofo y escritor Séneca de quien era un gran admirador. Sus metáforas son exquisitas, sus pensamientos y la forma de expresarlos con lenguaje preciso, intelectual y elevado están llenos de filosofía estoica.